

El caso a favor para la membresía en la iglesia

Jonathan Leeman

Tabla de contenido

Introducción

Parte I: ¿Es bíblica la membresía en la iglesia?

Parte II: ¿Qué es la iglesia?

Parte III: La membresía es un trabajo

Parte IV: Doce razones por las que la membresía es importante

Apéndice: Malas razones para no unirse a una iglesia y buenas razones para sí unirse

Sobre el autor

Introducción

Me pregunto qué piensas sobre el tema de la membresía en la iglesia. Si tuviera que adivinar lo que piensas, diría que te parece un poco aburrido. Incluso las palabras mismas —“membresía en la iglesia”— parecen institucionales o burocráticas.

O tal vez tus preocupaciones son más graves. Te preguntas si la membresía en la iglesia le da a la gente una excusa para ser entrometida. Jesús dijo que vino a liberarnos. Pero ¿no le dice la membresía en la iglesia, a los cristianos, que se metan en los asuntos de los demás?

Ahora se te pide que leas una guía de estudio sobre este tema institucional y tal vez intrusivo. ¿Quizás no te entusiasma este tema?

Tal vez te ayude si empiezo por ser honesto conmigo mismo: no siempre me gusta ser miembro de una iglesia. ¡Y he escrito un par de libros sobre el tema! A veces quiero que me dejen en paz. No quiero que me molesten otras personas ni sus problemas ni sus opiniones. A veces mi corazón no quiere servirles.

Tal vez sepas cómo se siente esto. Nuestras vidas ya están ocupadas. El cónyuge y los hijos ocupan mucho tiempo. Lo mismo ocurre con nuestro trabajo. ¿Realmente debemos preocuparnos por la gente de la iglesia? No tienen derecho a nuestro tiempo, ¿verdad?

Si somos realmente honestos, podríamos admitir que también influyen nuestros instintos más oscuros (confieso que es cierto en mi caso). Nos gusta nuestra independencia, y a la independencia no le gusta rendir cuentas. El viejo hombre que hay en nosotros desea vivir en la oscuridad, sin ser visto y en anonimato. Y vivir en la oscuridad te permite ir y venir a tu antojo, hacer lo que quieres y evitar miradas indeseadas o conversaciones incómodas.

Luego está el hecho inevitable de que nuestras iglesias no son perfectas, y algunas están lejos de serlo. Nuestros compañeros de iglesia pueden ser groseros, o emocionalmente exigentes, o simplemente aburridos. Algunos no te aprecian a ti ni a las cosas que haces para servirles. Algunos pecan contra ti de maneras dramáticas.

Nuestros pastores también pueden fallarnos. No nos llaman cuando dicen que lo harán (algo que yo he hecho). No recuerdan nuestros nombres ni los de nuestros hijos (algo que también he hecho). A veces toman malas decisiones o dicen cosas tontas desde el púlpito (de nuevo, soy culpable).

Tal vez lo más preocupante es cuando los pastores se descalifican a sí mismos de su cargo por falta de moral. Pueden ser duros o degradantes. Pueden herir a la gente.

Es fácil usar un lenguaje teológico exaltado para nuestras iglesias, como cuando nos referimos a ellas como “embajadas del cielo”, que es una frase que usaré en esta guía de estudio. Una embajada del cielo suena gloriosa, ¿no es así? Casi te imaginas un grupo de personas brillando con una luz celestial. Sin embargo, en aras de ser transparentes, con frecuencia nuestras iglesias no se sienten así. Unas pocas son

“malas”. La mayoría son simplemente ordinarias, triviales, un poco aburridas, como si no fueran gran cosa. Entonces, ¿qué valor hay en llamarlas embajadas del cielo?

Todo esto quiere decir que no sirve de nada hablar de iglesias y de membresía en ellas en términos celestiales a menos que las pongamos en el contexto de estas realidades terrenales, porque sea lo que sea la membresía en una iglesia, tiene que dar cuenta tanto del cielo como de la tierra.

Parte I: ¿Es bíblica la membresía en la iglesia?¹

La primera pregunta que los cristianos siempre deben hacerse acerca de una doctrina o práctica es: “¿Es bíblica?”.

Si se dieran solo treinta segundos en un ascensor para responder esa pregunta, uno podría señalar pasajes bíblicos sobre la disciplina eclesiástica. Por ejemplo, Pablo escribe a la iglesia de Corinto: deberían “haberse entristecido, para que el que de entre ustedes ha cometido esta acción fuera *expulsado* de en medio de ustedes” (1Co 5:2, cursivas mías). Y un momento después: “Pues ¿por qué he de juzgar yo a *los de afuera*? ¿No juzgan ustedes a *los que están dentro* de la iglesia? Pero Dios juzga a *los que están fuera*. *Expulsen* al malvado de entre ustedes” (1Co 5:12-13 cursivas mías; ver también Mt 18:17; Tit 3:10). Una iglesia no puede “expulsar” a una persona de “los que están dentro” a menos que haya un interior del cual quitar.

Alternativamente, uno podría señalar cualquier cantidad de pasajes en el libro de los Hechos que describen a personas que se agregan a una iglesia o se reúnen como iglesia:

- Entonces los que habían recibido su [de Pedro] palabra fueron bautizados; y *se añadieron* aquel día como 3,000 almas (Hch 2:41).
- Y vino un gran temor sobre toda la *iglesia*... y acostumbraban a estar todos de común acuerdo en el pórtico de Salomón. Pero ninguno de los demás se atrevía a juntarse con *ellos*; sin embargo, el pueblo los tenía en gran estima (Hch 5:11a, 12b-13).
- Entonces los doce convocaron a la congregación de los discípulos (Hch 6:2).

¿A quiénes se “añadieron” los 3.000? ¿Quiénes son los “ellos” en Hechos 5? La iglesia en Jerusalén, que se reunió en el pórtico de Salomón y que podía ser convocada por los doce apóstoles. Podían contarlos, lo que significa que podían nombrarlos. No se sabe si la iglesia registró esos 3.000 nombres en una hoja de cálculo en una computadora o en un trozo de pergamino. Pero ellos sabían quiénes eran “ellos”.

O, uno podría encontrar un texto que pruebe la pertenencia a la iglesia señalando el resto del Nuevo Testamento y cómo identifica grupos específicos y concretos de personas como una iglesia. Juan, por ejemplo, escribe a “la iglesia en Éfeso” y “la iglesia en Esmirna” y “la iglesia en Pérgamo” (Ap 2:1, 8, 12). Los miembros de la iglesia en Éfeso no eran los miembros de la iglesia en Esmirna, mientras que los miembros de la iglesia en Esmirna no eran los miembros de Pérgamo, y así sucesivamente. Pablo, de la misma manera, escribe “a la iglesia de Dios que está en Corinto” y les ofrece instrucciones para “cuando estén reunidos” o les dice “espérense unos a otros” cuando participen de la Cena del Señor (1Co 1:2; 5:4; 11:33). Una vez más, sabían quiénes eran “ellos”. Lo mismo ocurre con cada iglesia nombrada en el Nuevo Testamento.

¹ Esta subsección fue originalmente publicada en *A Handbook of Theology [Un manual de teología]*, editado por Daniel L. Akin, David S. Dockery, y Nathan A. Finn (B&H, 2023), 435-436.

Definición de membresía en la iglesia

La siguiente pregunta es: “¿Qué es la membresía en una iglesia?”. Si te preguntara, ¿qué dirías? Creo que responderás esa pregunta de manera diferente según tu visión de lo que es una iglesia. Si piensas en la iglesia como un mero proveedor de beneficios espirituales para las personas, entonces tu visión de la membresía en la iglesia se parecerá a la membresía en un club de compras o en un gimnasio. Vete y regresa cuando quieras. Tú tienes el control. Descubre qué programas funcionan mejor para tu crecimiento espiritual. Los profesionales capacitados te ayudarán a establecer metas y alcanzarlas. Por supuesto, cuanto más participes, más beneficios obtendrás.

Si, en cambio, piensas en la iglesia como una familia, la membresía se sentirá más como las relaciones entre hermanos y hermanas. Todos comparten la identidad y el trabajo familiar de cuidado y amor. Todos están llamados a dar amor y recibir amor. Y el amor viene en muchas formas. A veces viene como estímulo, a veces como corrección. Casi siempre el amor implica tiempo. Cuando la iglesia es una familia, la membresía implica pasar tiempo con otros miembros durante la semana, no solo los domingos.

Lo interesante es que la Biblia usa una gran cantidad de imágenes para describir una iglesia. Jesús y los apóstoles describen a la iglesia como una familia, un cuerpo, un templo, un rebaño, una novia y más. Cada una de estas imágenes contribuye algo a una comprensión más profunda de lo que es la membresía en la iglesia. En otras palabras, la membresía de la iglesia implicará la identidad compartida y el cuidado mutuo de pertenecer a una *familia*. Implicará la dependencia experimentada por diferentes partes de un *cuerpo*, como el hombro con el brazo y el brazo con el hombro. Esto implicará ayudarnos unos a otros a representar la santidad de Dios como ladrillos en el *templo*. Y así sucesivamente.

Si sumamos todas esas imágenes bíblicas, nos daremos cuenta rápidamente de que la membresía en la iglesia no se parece a nada conocido. No es lo mismo que la membresía en un club, en un gimnasio, en un sindicato o cualquier otra forma de membresía.

Aun así, nos preguntamos, ¿hay una manera concisa de definir la membresía en la iglesia? Comencemos con esta definición: la membresía en la iglesia es el compromiso formal que los cristianos bautizados hacen entre sí, tanto para identificarse como cristianos como para ayudarse mutuamente a seguir a Jesús reuniéndose regularmente para predicar y celebrar la Cena del Señor.

Eso no es todo lo que es la membresía en una iglesia, pero es una estructura básica. Observa las tres partes de esta definición:

- Es un compromiso formal entre cristianos bautizados. Ese es el sustantivo. Es lo que *es* la membresía: un compromiso mutuo. A veces las iglesias usan la palabra “pacto” para describir ese compromiso.

- ¿Es un compromiso para hacer qué? Hacer dos cosas: *identificarnos* públicamente como cristianos y *ayudarnos* mutuamente a crecer y perseverar en la fe.
- ¿Y cómo es un compromiso hacer esas cosas? Reuniéndose regularmente para predicar y recibir la Cena del Señor.

Como dije, esa es la estructura ósea sobre la que colocamos los músculos y la carne de las diferentes imágenes mencionadas anteriormente. Nos comprometemos a ayudarnos unos a otros a vivir como una familia, crecer como un cuerpo, ser un templo, etc.

¿Quién puede unirse a la iglesia? Cualquiera que se arrepienta de sus pecados, confíe en Cristo y obedezca el mandato de Jesús de ser bautizado. La membresía de la iglesia no es para los incrédulos, para los hijos de los creyentes o para cualquier creyente que no haya sido bautizado. Es para los creyentes bautizados, miembros del nuevo pacto que se someten a ser reconocidos formalmente en el nombre de Jesús.

¿Cómo puede una persona unirse a la iglesia? Los diferentes entornos culturales permiten diferentes prácticas. En un contexto occidental acosado por el nominalismo cristiano y muchos falsos Cristos, una iglesia sabia probablemente incluirá prácticas como clases de membresía y entrevistas. Estas permiten que una iglesia sepa lo que cree una persona, y que la persona sepa lo que cree una iglesia. Por lo menos, el mínimo bíblico implica (i) una conversación que haga esas preguntas, como Jesús preguntó a los apóstoles: “¿Quién dicen que soy yo?” (Mt 16:15); y (ii) un compromiso, acuerdo o pacto por el cual las personas se unen y quedan unidas (Mt 18:18-20).

¿Cómo puede una persona dejar la iglesia? La respuesta corta es, por muerte, uniéndose a otra iglesia que predica el evangelio, o por disciplina eclesiástica, lo cual analizaremos a continuación. Desde la perspectiva del reino, la membresía en la iglesia no es voluntaria. Los cristianos deben unirse a las iglesias. La Biblia no deja lugar para desvanecerse o resignarse “al mundo”, como lo permitió una generación anterior.

Finalmente, ¿cuáles son las responsabilidades de la membresía? En breve dedicaremos una sección entera a este tema, pero la respuesta rápida es que los miembros deben trabajar para hacer discípulos. Esto incluye compartir el evangelio, protegerlo de versiones falsas del mismo, reconocer a los nuevos miembros en el evangelio, protegerse y corregirse unos a otros en el evangelio y edificarse unos a otros en el evangelio.

Discusión y reflexión

1. ¿De qué manera esta sección cuestionó tus puntos de vista sobre la membresía de la iglesia?
2. ¿Puedes explicar cómo la membresía de la iglesia es un concepto bíblico y no meramente prudencial?

Parte II: ¿Qué es la iglesia?

Anteriormente dije que nuestra visión de la membresía en la iglesia depende de nuestra visión de lo que es la iglesia. Entonces, ¿qué es la iglesia?

Comenzaré con otra respuesta de estructura esquelética que sonará muy similar a la definición de membresía ofrecida anteriormente: *la iglesia es un grupo de cristianos que han hecho un pacto juntos como seguidores de Cristo y ciudadanos del reino al reunirse regularmente para predicar la Biblia y al afirmar ese pacto entre sí a través de las ordenanzas.*

La definición de membresía de una iglesia y la definición de una iglesia son cercanas entre sí porque *la iglesia son sus miembros.*

Permíteme explicar esa última oración con una ilustración que uso con frecuencia. Imagina que estás en un crucero en algún lugar de aguas tropicales. El crucero choca contra un arrecife de coral y se hunde, pero los varios miles de pasajeros logran llegar a la isla desierta justo donde se hundió. Pasan los días. Encuentras una Biblia arrastrada por la corriente hasta la orilla y comienzas a leerla sentado en la arena. Otros sobrevivientes te ven leyendo, se acercan a ti y te preguntan si eres cristiano. Tú dices que lo eres y explicas el evangelio de Jesucristo. Ellos dicen que están de acuerdo con ese mismo evangelio y luego lo explican con sus propias palabras. Todos están de acuerdo en quién es Jesús y en lo que ha hecho. Todos están emocionados de haber encontrado compañeros cristianos.

En ese momento, una persona del grupo dice que encontró algunas uvas en la isla, que puede convertir en jugo de uva o vino. Entonces, todos acuerdan, mientras permanezcan en la isla, a comenzar a reunirse una vez a la semana para enseñarse la Biblia unos a otros y tomar la Cena del Señor con su jugo de la isla. También acuerdan compartir este evangelio con otros sobrevivientes del crucero y bautizar en las hermosas aguas turquesas del océano a cualquiera que se arrepienta y crea.

¿Qué es su pequeño grupo ahora? ¡Puf! Es una iglesia y todos son miembros de ella. Al contar a los demás como miembros, se convierten en una iglesia. O, para decirlo al revés, la iglesia existe en su membresía. Una iglesia son sus miembros.

Para convertirse en una iglesia, los cristianos no necesitan la bendición de un obispo. No necesitan las elaboradas estructuras de un presbiterio. Ni siquiera requieren la presencia de un pastor. Después de su primer viaje misionero, por ejemplo, Pablo y Bernabé emprendieron un segundo viaje en el que regresaron a las iglesias que habían plantado en su primer viaje y nombraron ancianos (Hch 14:23). Pablo le dijo a Tito que hiciera lo mismo con las iglesias que había dejado atrás en la isla de Creta (Tit 1:5). En otras palabras, estas iglesias fueron plantadas y continuaron existiendo sin pastores, al menos por un tiempo. Una lección para nosotros: los pastores son ciertamente necesarios para que una iglesia esté correctamente ordenada y saludable; pero no son necesarios para que una iglesia exista.

Para que una iglesia exista, se necesitan miembros. Se necesita —nuevamente nuestra definición— un grupo de cristianos que hayan hecho un pacto juntos como seguidores de Cristo y ciudadanos del reino reuniéndose regularmente para predicar la Biblia y afirmando ese pacto entre sí a través de las ordenanzas.

Creo que puede serte útil ver cómo funciona todo esto si pones de relieve la obra de la Cena del Señor. Si has asistido a la Cena del Señor, probablemente hayas oído al pastor leer 1 Corintios 11:26: “Porque todas las veces que coman este pan y beban esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que Él venga”. La Cena del Señor, en otras palabras, apunta al evangelio. Recuerdas la muerte del Señor. Sin embargo, eso no es todo lo que hace la Cena. Un capítulo antes, Pablo dice esto acerca de la Cena: “Puesto que el pan es uno, nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo; porque todos participamos de aquel mismo pan” (1Co 10:17). Pablo afirma que nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo. Sin embargo, ¿cómo sabemos que somos un solo cuerpo? La primera y la última frase de la oración ofrecen la respuesta:

- “Puesto que el pan es uno, nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo”.
- O también: “nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo; porque todos participamos de aquel mismo pan”.

En efecto, dice lo mismo dos veces. Al tomar el único pan, demostramos que somos un solo cuerpo. Sabemos que somos un solo cuerpo porque participamos del único pan.

En otras palabras, tomar la Cena del Señor muestra, demuestra o pone de relieve el hecho de que somos un solo cuerpo. La Cena del Señor es una ordenanza que identifica a la iglesia. No es una comida para amigos cristianos que pasan tiempo juntos un viernes por la noche. No es para padres e hijos. Es para una iglesia porque muestra que una iglesia es una iglesia. Es por eso que Pablo les dice a los corintios que coman en casa si tienen hambre, pero que “[se esperen] unos a otros” cuando tomen la Cena del Señor como iglesia (1Co 11:33).

Sin embargo, la Cena no solo identifica una iglesia como iglesia, también constituye una iglesia como iglesia. Piénsalo: ¿qué sucede la primera vez que ustedes y los demás cristianos en la isla desierta toman juntos la Cena? Ese acto los constituye como iglesia. Es en ese momento que ustedes se declaran un solo cuerpo, tomando prestado nuevamente lo que dijo Pablo en 1 Corintios 10:17.

La Cena del Señor es una señal y un sello. Es una señal del hecho de que somos un solo cuerpo. Y, como firmar un cheque o sellar un pasaporte, es el sello que registra oficialmente a un grupo de cristianos como un solo cuerpo eclesiástico. No es una comida para cerrar los ojos, es una comida para mirar alrededor de la habitación. Cuando ustedes toman la Cena, los miembros de una iglesia se afirman unos a otros como hermanos cristianos.

Dando un paso atrás, la lección más importante aquí es que una iglesia son sus miembros, y los miembros son la iglesia. Revelamos esto al reunirnos en torno a la

predicación del evangelio y lo sellamos con la Cena. Al tomar la Cena juntos, nos afirmamos unos a otros como miembros de Su iglesia y ciudadanos del reino de Cristo.

En el 2018, otros 62 cristianos y yo plantamos la Iglesia Bautista Cheverly en las afueras de Washington, D. C., en el lado de Maryland. Durante los primeros tres domingos de febrero, nos reunimos, cantamos, oramos y escuchamos al pastor John predicar. Pero todavía no éramos una iglesia. Llamamos a estos tres domingos ensayos generales. Luego, el cuarto domingo de ese mes, concluimos el servicio con la Cena. Ese acto, dijimos, nos constituía como una iglesia oficial, con el pasaporte sellado en los libros de contabilidad del cielo. Solo después de eso nominamos y luego votamos por los pastores o ancianos.

La iglesia como embajada, los miembros como embajadores

He dicho varias veces que las definiciones anteriores de iglesia y membresía en la iglesia son como una estructura esquelética. Lo que quiero decir es que, si tuviéramos tiempo, podríamos repasar cada una de las imágenes del Nuevo Testamento para la iglesia (familia, cuerpo, templo, novia, etc.) y ponerle algo de carne y músculo a esos huesos para tener una idea real de cómo es ser miembro de la iglesia.

Sin embargo, para ahorrar tiempo, quiero escoger solo otro tema del Nuevo Testamento que nos ayuda a entender mejor tanto a la iglesia como a sus miembros, y es el tema del reino. Una y otra vez, Jesús habla de Su reino venidero. El reino de Cristo es Su gobierno, y las iglesias son puestos de avanzada o embajadas de este gobierno. Además, cada miembro es a la vez ciudadano y embajador del reino de Cristo.

Una embajada, si no estás familiarizado con la idea, es un puesto de avanzada oficialmente autorizado de una nación dentro de las fronteras de otra nación. Representa y habla por esa nación extranjera. Tenemos docenas de ellas en Washington, D. C. Me encanta caminar por lo que se llama Embassy Row, donde se alinean embajada tras embajada de todo el mundo. Está la bandera y la embajada de Japón, de Gran Bretaña, de Finlandia. Cada embajada representa a una nación diferente del mundo, a un gobierno diferente, a una cultura diferente, a un pueblo diferente.

O, si eres estadounidense como yo y viajas a otros países, encontrarás embajadas de Estados Unidos en las capitales de otras naciones. Por ejemplo, pasé medio año en Bruselas, Bélgica, en la universidad, tiempo durante el cual mi pasaporte estadounidense expiró. Así que viajé a la embajada de Estados Unidos en el centro de Bruselas. Al entrar, me dijeron que estaba en suelo estadounidense. Ese edificio, el embajador en Bélgica y todos los funcionarios del Departamento de Estado que trabajan allí tienen la autoridad del gobierno de Estados Unidos. Pueden hablar en nombre de mi gobierno de una manera que yo, aunque soy ciudadano estadounidense, no puedo, al menos no en ningún sentido oficial. Las embajadas y los embajadores presentan los juicios oficiales de una nación extranjera: lo que esa nación quiere, lo que hará, lo que cree.

Después de examinar mi pasaporte vencido y revisar sus computadoras, emitieron un juicio: que soy ciudadano estadounidense, así que me dieron un pasaporte nuevo.

De la misma manera, Jesús estableció iglesias locales para declarar algunos de los juicios del cielo ahora, aunque de manera provisional. Al dar las llaves del reino primero a Pedro y los apóstoles y luego a las iglesias reunidas, Jesús les dio a las iglesias una autoridad similar a la de la embajada de los Estados Unidos en Bruselas: la autoridad para hacer juicios provisionales sobre lo que es una confesión *correcta* del evangelio (Mt 16:13-19) y *quién* es ciudadano del reino de los cielos (Mt 18:15-20). Esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo que las iglesias poseen la autoridad de atar y desatar en la tierra lo que está atado y desatado en el cielo (Mt 16:18; 18:17-18). No quiso decir que podían *convertir* a las personas en cristianas o *hacer* que el evangelio sea lo que es, no más de lo que la embajada podría *convertirme* a mí en estadounidense o *hacer* leyes estadounidenses. Más bien, Jesús quiso decir que las iglesias podían hacer pronunciamientos o juicios oficiales sobre el *qué* y el *quién* del evangelio en nombre del cielo. ¿Qué es una confesión correcta? ¿Quién es un verdadero confesor?

Una iglesia emite estos juicios a través de su predicación y de las ordenanzas. Cuando un pastor abre su Biblia y predica que “Jesús es el Señor”, “todos están destituidos de la gloria de Dios” y “la fe viene por el oír”, se hace eco de los juicios del cielo y ata la conciencia de todo aquel que se considere ciudadano del reino de los cielos. Esa predicación señala el *qué* del evangelio: llamémoslo una confesión celestial.

De la misma manera, cuando una iglesia bautiza y disfruta de la Cena del Señor, emite los juicios del cielo sobre los *quienes* del evangelio; llamémosles confesores celestiales. Esto es lo que hacemos cuando bautizamos a las personas *en el nombre* del Padre, del Hijo y del Espíritu (ver Mt 28:19). Les damos a esas personas un pasaporte y decimos: “Hablan por Jesús”. Repetimos el proceso a través de la Cena del Señor. Participar del único pan, como hemos visto en 1 Corintios 10:17, ilumina y afirma quién pertenece al único cuerpo de Cristo. Es una ordenanza que revela o identifica a la iglesia.

Las oraciones de alabanza, confesión y acción de gracias de la iglesia también declaran los juicios de Dios. Reconocemos quién es Él, quiénes somos nosotros y lo que Él nos ha dado a través de Cristo. Incluso nuestras oraciones de intercesión, cuando están alineadas con Su Palabra y Espíritu, demuestran que nuestras ambiciones se han ajustado a los juicios de Dios.

El canto de la iglesia es esa actividad en la que repetimos sus juicios a Él y a los demás de una manera melódica y emocionalmente comprometida.

Finalmente, declaramos los juicios de Dios en nuestras vidas durante toda la semana, tanto en momentos en que estamos juntos como separados. Nuestra comunión y las extensiones de ella deben reflejar nuestro acuerdo con los juicios de Dios, al *incluir* la justicia y *excluir* la injusticia. Cada miembro debe vivir como una presentación anticipada de los juicios de Dios.

Eso, en última instancia, es lo que llamamos la adoración de una iglesia. La adoración de una iglesia es su *acuerdo* con los juicios de Dios y su *declaración* de los juicios de Dios. Adoramos cuando pronunciamos en palabra o en hechos, ya sea comiendo o bebiendo, cantando u orando: “Tú, oh Señor, eres digno, precioso y valioso. Los ídolos no lo son”.

Mientras tanto, cada miembro es un embajador. En Filipenses, Pablo nos llama “ciudadanos” del cielo (Fil 3:20). En 2 Corintios, nos llama “embajadores” (2Co 5:20). ¿Qué hace un embajador? Como dije, él o ella representa a un gobierno extranjero. El trabajo de la embajada se concentra en esa persona. Y cada cristiano es un embajador del cielo.

Por lo tanto, salimos de la reunión de cada semana, nos dirigimos a nuestros pueblos y ciudades, y buscamos representar al Rey Jesús haciendo discípulos. Declaramos Sus juicios mientras evangelizamos con un mensaje de reconciliación. También buscamos encarnar los juicios de Dios mientras vivimos la vida cristiana. Los presidentes de los Estados Unidos a menudo se han referido a los Estados Unidos como una ciudad sobre una colina. Eso no es lo que dijo Jesús. Dijo que Su pueblo debería ser las ciudades sobre la colina (Mt 5:14). Eso significa que nuestras vidas como cristianos juntos y separados como iglesias deben representar el cielo.

Cuando los no cristianos pasan tiempo con los miembros de una iglesia, deberían probar las primicias de una cultura celestial. Estos ciudadanos celestiales son pobres en espíritu y mansos. Tienen hambre y sed de justicia y son puros de corazón. Son pacificadores que ponen la otra mejilla, caminan la milla extra, dan su camisa y abrigo si les pide, ni siquiera miran a una mujer con lujuria, mucho menos cometen adulterio, y ni siquiera odian, mucho menos cometen asesinato. Los no cristianos deberían experimentar todo esto en la forma en que los tratamos, pero también deberían experimentarlo cuando nos ven vivir juntos.

Ahora bien, seamos honestos. Nuestras iglesias con frecuencia no viven como ciudades en la colina ni parecen embajadas del cielo. Ahí es donde comenzamos todo este ensayo, ¿recuerdan? Me recuerda cómo mi amigo pastor Bobby dirige la Cena del Señor. Él comenta que la Cena es “un anticipo del banquete celestial”. Esa es una idea hermosa. Pero cuando usa esas palabras, miro hacia abajo a la pequeña galleta en mi palma que sabe a goma y al vaso de plástico con jugo de uva diluido en agua que chasquea entre mis dedos y que apenas humedece toda mi boca. Y pienso: “¿De verdad? ¿Este es el anticipo? ¡Espero que el banquete mesiánico sea mucho mejor que esto!”.

Esa podría ser tu respuesta a mi afirmación de que la iglesia es una embajada del cielo. Nuestros compañeros de iglesia nos decepcionarán y dirán cosas insensibles. Pecarán contra nosotros y nosotros pecaremos contra ellos.

No solo eso, sino que algunos domingos nos reuniremos con nuestras iglesias y las canciones no cautivarán nuestros corazones. Nuestras mentes se distraerán durante el sermón. Las oraciones no parecerán relevantes. Y las conversaciones con amigos después del servicio se estancarán en una rutina de charlas triviales sin sentido. “¿Cómo

estuvo tu sábado?”, “bien, no hicimos gran cosa”. “Está bien”. Nada de eso se siente muy celestial.

Es por eso que los teólogos nos recuerdan que vivimos entre la primera y la segunda venida de Cristo. Vivimos en el tiempo del “ya – todavía no”. Ya hemos sido salvos, pero aún no hemos sido perfeccionados. Y este tiempo intermedio debería hacer que nuestros corazones anhelan la perfección de la iglesia y el placer de ese banquete mesiánico venidero. Más importante aún, nuestras imperfecciones nos recuerdan que debemos apuntar a la gente a Cristo mismo. Él nunca peca ni decepciona. Nosotros somos el pan y el jugo diluido en agua. Él es el banquete. Pero la buena noticia es que los pecadores como nosotros podemos sumarnos a esa empresa, si tan solo confesamos nuestros pecados y lo seguimos.

Discusión y reflexión

1. ¿Por qué entender el reino de Dios es útil para entender qué es la iglesia?
2. ¿Cómo contribuye la categoría de “embajador” a tu comprensión de la membresía de la iglesia? ¿Cómo podría influir en la manera en que funcionas en tu propia iglesia?

Parte III: La membresía es un trabajo

He mencionado el hecho de que la membresía de la iglesia nos convierte en embajadores del cielo. Para decirlo de otra manera, la membresía de la iglesia es un trabajo. La Biblia no nos llama a ser espectadores que se presentan a un programa semanal y luego regresan a casa comparando las notas del programa con su cónyuge: “La música de esta mañana estuvo linda. ¡Me encantó!”, “sí, a mí también. Y el predicador Jack fue divertidísimo, ¿no crees?”. No. Jesús le ha dado a cada miembro de Su iglesia un trabajo. Y también les ha dado a los ancianos un trabajo especial: capacitar a los miembros para que hagan su trabajo. Escucha Efesios 4:

Y Él dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef 4:11-13).

¿Quiénes realizan el “ministerio” de edificar el cuerpo de Cristo? Los santos. ¿Quién los capacita para esta tarea? Los pastores y maestros. ¿Con qué fin? La unidad, la madurez y la plenitud de Cristo.

Concretamente, entonces, ¿cuál es la autoridad y la obra de cada miembro de la iglesia? Nuestra labor como miembros es compartir y proteger el evangelio, y es afirmar y supervisar a los profesores del evangelio, es decir, a los otros miembros de la iglesia.

Piensa en el “asombro” de Pablo en Gálatas 1: “Me asombra que tan pronto... [pasaron] a otro evangelio” (Ga 1:6 NVI). No reprende a los pastores, sino a los miembros, y les dice que rechacen incluso a los apóstoles o ángeles que enseñan un evangelio falso. Se suponía que ellos debían haber protegido el evangelio.

O piensa en el asombro de Pablo en 1 Corintios 5. Los corintios estaban aceptando un pecado “tal como no existe ni siquiera entre los gentiles” (1Co 5:1). “El que de entre ustedes ha cometido esta acción fuera expulsado de en medio de ustedes”, le dice a toda la iglesia (1Co 5:2). Incluso describe cómo debería suceder esto, no el jueves por la noche tras las puertas cerradas de una reunión de ancianos, sino cuando toda la iglesia se reuniera y pudiera actuar junta: “En el nombre de nuestro Señor Jesús, cuando estén reunidos, y yo con ustedes en espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, entreguen a ese tal a Satanás para la destrucción de su carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” (1Co 5:4-5). El poder del Señor Jesús está realmente allí cuando están reunidos en Su nombre (Mt 18:20). Con ese poder, se suponía que debían haber protegido el evangelio al quitar al hombre de la membresía.

Cada miembro de una iglesia debería reconocer: “Es mi responsabilidad proteger el evangelio, y es mi responsabilidad recibir y despedir a los miembros. Jesús me la ha dado”. Para usar de nuevo la jerga empresarial, todos somos propietarios. Todos tenemos una parte en las pérdidas y las ganancias.

Por lo tanto, los pastores que despiden a los miembros de la iglesia de este trabajo, ya sea por la estructura formal de la iglesia o convirtiéndolos en consumidores, socavan el sentido de inclusión y propiedad de los miembros. Cultivan la complacencia, el nominalismo y, finalmente, el liberalismo teológico. Elimina la membresía de la iglesia hoy y puedes esperar concesiones bíblicas mañana.

Por supuesto, el trabajo aquí es más grande que presentarse en las reuniones de miembros y votar por los nuevos miembros. El trabajo de los miembros de la iglesia dura los siete días. No puedes afirmar y supervisar a un pueblo que no conoces, al menos no con integridad. Eso no significa que seas responsable de conocer personalmente a cada miembro de tu iglesia. Hacemos este trabajo colectivamente. Pero buscas formas de comenzar a incluir a más de tus compañeros miembros en el ritmo regular de tu vida. Nuestro trabajo es representar a Jesús y proteger Su evangelio en la vida de los demás todos los días. Piensa en la lista de verificación que ofrece Pablo en Romanos 12. Dividiré su texto en una lista para comprenderlo mejor:

- Muestre afecto familiar unos a otros con amor fraternal.
- Den honra a los demás.
- No les falte diligencia; sean fervientes en espíritu; sirvan al Señor.
- Regocíjense en la esperanza; sean pacientes en la tribulación; sean persistentes en la oración.
- Compartan con los santos sus necesidades; busquen la hospitalidad (Ro 12:10-13).

¿Cómo vas en cumplimiento de esta lista?

Debemos estudiar y esforzarnos por conocer cada vez mejor el evangelio. Debemos estudiar las implicaciones del evangelio y considerar cómo se relacionan con el arrepentimiento. Además, debemos esforzarnos por conocer a nuestros compañeros y ser conocidos por ellos siete días a la semana. Tratamos de comenzar a incluir a más miembros en nuestra vida diaria. Este no es un programa de premios de gasolinera en el que llenamos un formulario y nos vamos.

Ahora bien, en cuanto a los pastores o ancianos: si el trabajo de los miembros de la iglesia es proteger el evangelio supervisándose unos a otros, ¿cuál diríamos que es el trabajo del pastor? Nuevamente, Efesios 4 dice que el trabajo de los pastores es equipar a los santos para el ministerio de edificar la iglesia (Ef 4:11-16). Así que nos equipan para proteger el evangelio, lo que hacen principalmente durante la reunión semanal de la iglesia.

La reunión semanal de la iglesia, entonces, es un tiempo de capacitación laboral. Es cuando los que están en el oficio de pastor equipan a aquellos que están en el oficio de miembro para conocer el evangelio, vivir por el evangelio, proteger el testimonio del evangelio de la iglesia y extender el alcance del evangelio a las vidas de los demás y entre los de afuera. Si Jesús les encarga a los miembros que se afirmen y edifiquen unos a otros en el evangelio, les encarga a los pastores que los capaciten para hacer esto. Si los pastores no hacen muy bien su trabajo, tampoco lo harán los miembros.

Cristiano, esto significa que eres responsable de aprovechar la instrucción y el consejo de los ancianos. Aférrate al modelo de sana enseñanza que has aprendido de ellos (2Ti 1:13). Sigue su enseñanza, conducta, propósito, fe, amor y resistencia, junto con sus persecuciones y sufrimientos (2Ti 3:10-11). Sé el hijo o la hija sabios de Proverbios que toman el camino de la sabiduría, la prosperidad y la vida al temer al Señor y prestar atención a la instrucción. Es mejor que las joyas y el oro.

Escucha al autor de Hebreos: “Obedezcan a sus pastores y sujétense a ellos, porque ellos velan por sus almas, como quienes han de dar cuenta” (Heb 13:17). A menos que los ancianos o pastores estén contradiciendo la Biblia o el evangelio, los miembros deben seguirlos en asuntos relacionados con la vida de la iglesia. Por lo general, deben someterse. La congregación mantiene la autoridad final en caso de que los ancianos contradigan las Escrituras, pero a menos que eso suceda, la congregación debe seguirlos.

Cuando se junta el trabajo del pastor con el trabajo del miembro, ¿qué se obtiene? El programa de discipulado de Jesús.

Cuando alguien quiere unirse a la iglesia donde pastoreo, le digo algo como lo siguiente en la entrevista de membresía:

Amigo, al unirme a esta iglesia, serás corresponsable de que esta congregación continúe o no proclamando fielmente el evangelio. Eso significa que serás corresponsable tanto de lo que esta iglesia enseña como de que las vidas de sus miembros permanezcan fieles o no. Y un día estarás ante Dios y darás cuenta de cómo cumpliste con esta responsabilidad. Necesitamos más manos para la cosecha, así que esperamos que te unas a nosotros en ese trabajo.

La entrevista de membresía es una entrevista de trabajo. Quiero asegurarme de que lo sepan. Quiero asegurarme de que estén preparados para la tarea.

¿Qué pasa con la disciplina en la iglesia?

Hay otro gran tema que debemos abordar cuando hablamos de la membresía, y es la disciplina de la iglesia. Si la membresía es una cara de la moneda, la disciplina de la iglesia es la otra.

Un compañero de la iglesia me preguntó una vez qué diferenciaba su relación conmigo de la que tenía con los cristianos que no pertenecen a nuestra iglesia. Después de todo, parecería que la Biblia nos obliga a amar, orar, dar y, a veces, enseñar a los cristianos que no pertenecen a nuestra iglesia. A veces nos reunimos con ellos en conferencias cristianas. Entonces, ¿cuál es la diferencia?

La primera diferencia es que debemos reunirnos semanalmente con nuestros compañeros miembros. Por eso el autor de Hebreos dice: “Consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al

ver que el día se acerca” (Heb 10:24-25). Nos comprometemos a reunirnos semanalmente para estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras.

Sin embargo, la segunda diferencia crucial, le dije a mi amigo, es que podemos participar en la disciplina mutua. Podría advertir a mis amigos cristianos de otras iglesias sobre el pecado. Pero no puedo participar en el proceso formal de eliminarlos de la membresía de una iglesia como un acto de disciplina eclesiástica. La posibilidad de la disciplina eclesiástica es lo que distingue nuestra relación con los demás miembros de nuestra relación con todos los cristianos en otras partes. Por esa razón, vale la pena tomarse un momento para considerar qué es la disciplina.

En términos generales, la disciplina eclesiástica es una parte del proceso de discipulado. Como en muchas áreas de la vida, el discipulado cristiano implica tanto instrucción como disciplina, al igual que la práctica de fútbol o la clase de matemáticas.

En sentido estricto, la disciplina eclesiástica consiste en corregir el pecado. Comienza con advertencias privadas y termina, cuando es necesario, con la exclusión de alguien de la iglesia y de la participación en la Mesa del Señor. La persona generalmente tendrá libertad para asistir a reuniones públicas, pero ya no será miembro. La iglesia ya no confirmará públicamente la profesión de fe de esa persona.

Hay varios pecados que pueden requerir advertencias amorosas en privado, pero la disciplina pública formal generalmente ocurre solo en casos de pecado que cumplen con tres criterios adicionales:

- Debe ser externo, puede verse o escucharse (a diferencia, por ejemplo, del orgullo).
- Debe ser grave, lo suficientemente grave como para desacreditar la profesión verbal de la persona de seguir a Jesús.
- Debe ser impenitente, por lo general la persona ha sido confrontada, pero se niega a dejar ir el pecado.

La disciplina en la iglesia aparece por primera vez en Mateo 18, donde Jesús dice acerca de la persona en pecado sin arrepentimiento: “Y si rehúsa escucharlos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el recaudador de impuestos” (Mt 18:17). Es decir, trátelo como si estuviera fuera de la comunidad del pacto. La persona ha demostrado ser incorregible. Su vida no coincide con su profesión de fe cristiana.

Otro pasaje bien conocido sobre la disciplina, 1 Corintios 5, nos ayuda a ver el propósito de la disciplina. Primero, la disciplina expone. Al pecado, como al cáncer, le encanta esconderse. La disciplina expone el cáncer para que pueda ser extirpado (ver 1Co 5:2). Segundo, la disciplina advierte. Una iglesia no representa el juicio de Dios mediante la disciplina, sino que escenifica una pequeña obra que representa el gran juicio venidero (1Co 5:5). Tercero, la disciplina salva. Las iglesias recurren a ella cuando ven a un miembro que toma el camino de la muerte y ninguno de sus gestos le hace detenerse. Es el último recurso (1Co 5:5). Cuarto, la disciplina protege. Así como el cáncer se propaga de una célula a otra, así también el pecado se propaga rápidamente

de una persona a otra (1Co 5:6). Quinto, la disciplina preserva el testimonio de la iglesia. Por extraño que parezca, sirve a los no cristianos porque mantiene a las iglesias distintas y atractivas (ver 1Co 5:1). Después de todo, las iglesias deben ser sal y luz. “Pero si la sal se ha vuelto insípida”, Jesús dijo, “ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres” (Mt 5:13).

El desafío de la disciplina es que a los pecadores no les gusta que se les pida cuentas por sus pecados. No importa en qué parte del planeta te encuentres, la gente encuentra una excusa para no practicar la disciplina. En el este de Asia, argumentan que la cultura de la vergüenza hace que la disciplina sea imposible. En Sudáfrica, hacen referencia al papel de la identidad tribal, y tal vez al Ubuntu. En Brasil, afirman que las estructuras familiares se interpondrán. En Hawái, hablan de la cultura relajada y del espíritu Aloha. En Estados Unidos, dicen que te demandarán.

En resumen, los pecadores han encontrado una racionalización para evitar corregir el pecado desde el huerto del Edén. Pero la obediencia y el amor nos llaman a practicar la disciplina de la iglesia.

La disciplina de la iglesia en su esencia se trata del amor. El Señor disciplina a los que ama (Heb 12:6). Lo mismo es cierto para nosotros.

Hoy, muchas personas tienen una visión sentimental del amor: el amor como algo que nos hace sentir especiales. O una visión romantizada del amor: el amor como algo que nos permite expresarnos sin corrección. O una visión consumista: el amor como algo que nos permite encontrar la pareja perfecta. En la mente popular, el amor tiene poco que ver con la verdad, la santidad y la autoridad.

Pero eso no es el amor en la Biblia. El amor en la Biblia es santo. Hace exigencias. Produce obediencia. No se deleita en el mal, sino que se regocija en la verdad (1Co 13:6). Jesús nos dice que si guardamos Sus mandamientos, permaneceremos en Su amor (Jn 15:10). Y Juan dice que si guardamos la Palabra de Dios, el amor de Dios se perfeccionará en nosotros (1Jn 2:5). ¿Cómo se ayudan los miembros de la iglesia unos a otros a permanecer en el amor de Cristo y mostrarle al mundo cómo es el amor de Dios? Ayudándose unos a otros a obedecer y guardar Su Palabra. A través de la instrucción y la disciplina.

Discusión y reflexión

1. ¿Puedes resumir las razones por las que la membresía puede considerarse un trabajo? ¿Cuáles son tus responsabilidades como miembro de la iglesia?
2. ¿De qué manera la disciplina de la iglesia confronta las nociones contemporáneas del amor y se ajusta al concepto bíblico del amor?

Parte IV: Doce razones por las que la membresía es importante

Nuestras iglesias no son perfectas. Eso es seguro. Pueden decepcionarnos. Como dije al principio, mi carne a veces se resiste a la responsabilidad y al llamado a amar y servir. Pero cuán preciosa es la iglesia para Jesús. ¿Recuerdas lo que Jesús le dijo a Saulo cuando Saulo perseguía a la iglesia? “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9:4). Observa que Jesús se identifica tan estrechamente con Su iglesia que acusa a Saulo de perseguirlo.

Si Jesús, a quien proclamamos Salvador y Señor, ama tanto a la iglesia, ¿podríamos reconsiderar lo poco que podemos amar a la iglesia?

No solo esto, observa cómo Jesús nos dice que amemos a nuestras iglesias. Él instruye: “Un mandamiento nuevo les doy: ‘que se amen los unos a los otros’; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros. En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13:34-35). Jesús podría haber dicho: “En el amor que tengan por ellos, conocerán que son mis discípulos”, y eso también habría sido cierto. Pero Jesús no dice eso. En cambio, dice que el “amor mutuo” entre ustedes actuará como un testimonio y mostrará Su amor. Ese es un comentario interesante. ¿Cómo muestra el amor entre los miembros de una iglesia el hecho de que somos Sus discípulos?

Bueno, note la frase de Jesús “como Yo los he amado”. ¿Cómo nos amó Jesús? Según Pablo, “Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8). Jesús nos amó, perdonando, tolerando, con gracia, frente a nuestro pecado, no porque fuéramos hermosos, sino porque necesitábamos misericordia.

Ahora, piensa conmigo: ¿qué sucede cuando un grupo de pecadores vive junto? Se ofenden unos a otros. Pecan unos contra otros. Se pisotean unos a otros. Se decepcionan unos a otros. No llegan a tiempo o no hacen lo que prometieron o no recuerdan tu nombre o no cumplen sus promesas o te decepcionan aún más dramáticamente. Nuestras iglesias nos decepcionarán, como he estado diciendo una y otra vez. Pero es allí, en el mismo lugar de nuestras desilusiones y frustraciones e incluso heridas, que tenemos la oportunidad de amarnos unos a otros como Jesús nos amó: perdonando, tolerando, con gracia. Cuando hacemos eso, mostramos al mundo cómo es el amor de Jesús: perdonador, tolerante, misericordioso. Mostramos el evangelio.

A través de este evangelio, dice el mismo Pablo que persiguió a los cristianos, la iglesia muestra la multiforme sabiduría de Dios a los gobernantes y autoridades en los lugares celestiales (ver Ef 3:10). Es un escaparate para la gloria de Dios. Con demasiada facilidad damos por sentadas nuestras iglesias locales.

Podemos resumir todo lo dicho hasta ahora considerando doce razones por las que la membresía de la iglesia es importante.²

1. **Es bíblica.** Jesús estableció la iglesia local y todos los apóstoles ejercieron su ministerio a través de ella. La vida cristiana en el Nuevo Testamento es la vida de iglesia. Los cristianos de hoy deberían esperar y desear lo mismo.
2. **La iglesia son sus miembros.** Ser “una iglesia” en el Nuevo Testamento es ser uno de sus miembros (leer Hechos). Y quieres ser parte de la iglesia porque eso es a lo que Jesús vino a rescatar y reconciliar consigo mismo.
3. **Es un requisito para la Cena del Señor.** La Cena del Señor es una comida para la iglesia reunida, es decir, para los miembros (ver 1Co 11:20, 33). Y quieres participar de la Cena del Señor. Es la “camiseta” del uniforme que hace que el equipo de la iglesia sea visible a las naciones.
4. **Es la manera de representar oficialmente a Jesús.** La membresía es la afirmación de la iglesia de que eres un ciudadano del reino de Cristo y, por lo tanto, un representante de Jesús con credencial ante las naciones. Y quieres ser un representante oficial de Jesús. Muy relacionado con esto...
5. **Es la manera de declarar la más alta lealtad de uno.** Tu pertenencia al equipo, que se hace visible cuando llevas la “camiseta”, es un testimonio público de que tu mayor lealtad pertenece a Jesús. Podrán venir pruebas y persecución, pero tus únicas palabras serán: “Estoy con Jesús”.
6. **Es la manera de encarnar y experimentar imágenes bíblicas.** Es dentro de las estructuras de rendición de cuentas de la iglesia local que los cristianos viven o encarnan lo que significa ser el “cuerpo de Cristo”, el “templo del Espíritu”, la “familia de Dios”, y así sucesivamente para todas las metáforas bíblicas (ver, por ejemplo, 1Co 12). Y quieres experimentar la interconectividad de Su cuerpo, la plenitud espiritual de Su templo y la seguridad, intimidad e identidad compartida de Su familia.
7. **Es la manera de servir a otros cristianos.** La membresía te ayuda a saber a qué cristianos eres específicamente responsable de amar, servir, advertir y alentar. Te permite cumplir con tus responsabilidades bíblicas para con el cuerpo de Cristo (por ejemplo, ver Ef 4:11-16; 25-32).
8. **Es la manera de seguir a los líderes cristianos.** La membresía te ayuda a saber a qué líderes cristianos estás llamado a obedecer y seguir. Nuevamente, te permite cumplir con tu responsabilidad bíblica hacia ellos (ver Heb 13:7; 17).
9. **Ayuda a los líderes cristianos a liderar.** La membresía permite que los líderes cristianos sepan de qué cristianos “darán cuenta” (Hch 20:28; 1P 5:2).
10. **Facilita la disciplina de la iglesia.** Te da el lugar bíblicamente prescrito para participar en la obra de la disciplina de la iglesia de manera responsable, sabia y amorosa (1Co 5).

² Esta lista de doce figura originalmente en mi libro *La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quien representa a Jesús* (Medellín, Colombia: Poiema Publicaciones, 2019).

11. **Da estructura a la vida cristiana.** Coloca la afirmación de un cristiano individual de “obedecer” y “seguir” a Jesús en un contexto de la vida real donde la autoridad realmente se ejerce sobre nosotros (ver Jn 14:15; 1Jn 2:19; 4:20-21).
12. **Edifica un testimonio e invita a las naciones.** La membresía pone de manifiesto el gobierno alternativo de Cristo ante el universo que observa (ver Mt 5:13; Jn 13:34-35; Ef 3:10; 1P 2:9-12). Los mismos límites que rodean a la membresía de una iglesia dan lugar a una sociedad de personas que invita a las naciones a algo mejor.

Discusión y reflexión

1. De las doce razones mencionadas anteriormente, ¿cuáles te parecen más convincentes?
2. ¿Cuáles son algunas formas concretas nuevas en las que puedes amar a las personas de tu iglesia?

Apéndice: Malas razones para no unirse a una iglesia y buenas razones para sí unirse

A veces, las personas ofrecen excusas para no unirse a una iglesia. Esto es lo que dicen y cómo podrías responder.

- **“Soy miembro de otra iglesia”.** A veces, las personas dicen que no quieren unirse porque son miembros de una iglesia en otro lugar. Si ese es el caso, trato de explicar que la membresía de la iglesia no es un vínculo sentimental. Es una relación viva y palpitante. Si estás en un lugar por más de unos pocos meses, debes unirse a la iglesia a la que asistes.
- **“Tuve una mala experiencia con una iglesia”.** Tal vez una persona haya tenido una mala experiencia, incluso abusiva, con una iglesia anterior. Cuando ese es el caso, ciertamente se debe mostrar paciencia y comprensión. Su desafío es como el desafío de alguien que sale de un matrimonio abusivo. Es difícil confiar nuevamente y no se puede forzar la confianza. Pero también sabes que recuperar la salud relacional significa aprender a confiar nuevamente, lo que siempre implica correr un riesgo. En resumen: aún así debes animar a la persona a unirse, incluso si tu manera y ritmo pueden cambiar.
- **“No confío en el liderazgo”.** Si una persona se niega a unirse porque no confía en el liderazgo, entonces se la debe animar a encontrar una iglesia donde pueda confiar en el liderazgo y unirse a ella. Después de todo, ¿realmente crees que crecerás en madurez cristiana si no confías en quienes te guían hacia ella?
- **“No estoy de acuerdo con todo lo que dice la declaración de fe”.** Ver la última respuesta (encuentra una iglesia donde estés de acuerdo y únete a ella).
- **“No está en la Biblia”.** Para la persona que no está convencida de que un asunto sea bíblico, generalmente le pido que considere Mateo 18 y 1 Corintios 5. También le explico que, no, la “membresía de un club” no está en la Biblia, sino que la membresía de una iglesia es más como la ciudadanía, razón por la cual Jesús le dio a la iglesia local apostólica las llaves del reino.

¿Cuáles son entonces las buenas razones para unirse a una iglesia? He aquí una forma de responder a esa pregunta de manera concisa:

- **Por el bien de los pastores.** Permite que los pastores sepan quién eres y los hace responsables de ti (ver Hch 20:28; Heb 13:17).
- **Por el bien de la obediencia a Jesús.** Jesús no te dio las llaves del reino para atar y desatar. Él dio las llaves a la iglesia local apostólica (Mt 16:13-20; 18:15-20). No tienes la autoridad para bautizarte a ti mismo o para alimentarte con la Cena del Señor. Requieres que una iglesia afirme tu profesión de fe, que es lo que la membresía es en su corazón (ver Hch 2:38).
- **Por el bien de otros creyentes.** Al unirse, te haces responsable de una congregación local, y ellos de ti. Ahora eres *dueño* o *tienes una parte* en su

discipulado a Cristo. Es decir, ahora eres responsable de su crecimiento y de su profesión de fe, en la medida en que eres responsable de la predicación fiel del evangelio por parte de la iglesia (Ga 1) y de la disciplina de esa persona (Mt 18:15-20; 1Co 5).

- **Por tu propio bien y seguridad espiritual.** Supón que alguna vez te conviertes en ese cordero que se aleja del rebaño (Mt 18:12-14). Es tu iglesia la que Jesús enviará tras de ti (Mt 18:15-20).
- **Por el bien de los vecinos no cristianos.** La membresía ayuda a proteger y promover la reputación de Cristo en la tierra al proteger el testimonio de la iglesia (ver Mt 5:13-16; 28:18-20; Jn 13:34-35). ¡La membresía es la manera en que el mundo sabe quién representa a Jesús!

Sobre el autor

Jonathan Leeman (PhD Wales), un anciano de la Iglesia Bautista Cheverly, es el director editorial de 9Marks. Enseña en varios seminarios y ha escrito varios libros sobre la iglesia, así como sobre la fe y la política, entre ellos *La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús*. Vive con su esposa y sus hijas en las afueras de Washington, D. C.